

Sobre el gesto de base “El Mar”

Una y otra vez. Danzamos, abrimos las ventanas y ahí sigue, sin detenerse jamás, el movimiento del mar.

Una y otra vez, flujo y reflujo. El impulso siempre renovado del agua que impregna la tierra; a veces acariciándola con infinita e imperceptible suavidad, a veces embistiéndola con un furor que se deshace en espuma.

Y una y otra vez esa retirada anunciada, ineludible, esa aspiración de su centro más íntimo que le hace soltar una presa que nunca ha atrapado.

Así, sin descanso y sin cansancio, una y otra vez, infinitamente.

¿Cuál es el secreto?

Mirando con mirada silenciosa, desde afuera o desde adentro, aparece un dibujo, un símbolo: es el alma del movimiento, su esencia. El mar sigue un camino y el que danza lo encuentra; un ocho acostado, perezoso, símbolo del infinito que se cierra en sí mismo de forma perfecta, pero que deja ir el sudor y el rumor del esfuerzo inexistente de su danza. Un aerosol de humedad, de pequeños mares que se desprenden de su cuerpo y regala al aire y una nana eternamente susurrada en la que se mece Gaia.

El mar, generoso y rebosante, expresa en su danza.

El mar no se esfuerza: ¡tenlo en cuenta!

Expira en la tierra. Entrega su aliento, confiadamente, en un abandono regenerador: sabe que renacerá.

El mar no se detiene: se entretejen inacabablemente el gesto y la intención de su ir y venir. ¡Fíjate cómo le canta el poeta!



... y te acercas y te vas,

después de besar mi aldea

Jugando con la marea,

Te vas pensando en volver...

El mar no se arrastra: ¡no te confundas! Ascende y desciende, cae y se levanta.

Es la vertical la que preña a la horizontal, dándole volumen y vida. Son la inspiración y la espiración, en las dos direcciones, hacia arriba y hacia abajo, las que animan al mar.

¡Es la respiración de la tierra entera la que envuelve a aquel que danza el mar!

Pedro L. Cuesta, Sep 94